

Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica
Antología 1917 - 2000

Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki

Capítulo 14

Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

LATIN LOVER

Tras diez horas de viaje, arribamos a una estación oscura, repleta de gente gris y locomotoras exhaustas. Pantalón bombacho, saco beige, corbata delgada, Casimiro Fernández, el poeta, nos esperaba en el andén. A César lo abrazó. A mí me estrechó la mano sin mirarme. Nos llevó al aparcamiento y nos hizo trepar a un Fiat cinquecento del año de ñangué. Una catalana insípida tomó el volante, arrancó, estuvo a punto de embestir a un autocar y aplastar a un peatón, recibió maldiciones y se detuvo intempestivamente. Creí que habíamos llegado a destino, pero no: Casimiro quería comprar condimentos para las lentejas a la romana que nos iba a invitar. Juzgándome obligado a colaborar en el gasto, crucé la calle y entré a la tienda. Mientras Casimiro se ocupaba de lo suyo, compré una botella de leche, pan lactal y una bolsa de naranjas. Las tripas me sonaban, prefería curarme en salud de la frugalidad española. La catalana nos llevó a una callejuela marrón, frenó, bajamos y el cinquecento se fue quemando aceite. Ascendimos por una escalera angosta, húmeda, fétida. Casimir abrió la puerta. El interior era una orgía de libros, revistas. Las ventanas ofrecían un paisaje de tragaluz con ropa tendida. Olfía a tamarindo y se escuchaban los excesos melódicos de un idioma asiático y el borbolleo de una fritanga, pues en el primer piso funcionaba un restorán vietnamita cuyos vapores contaminaban el aire del edificio. Me vinieron ganas de abordar el microbús morado y volver a mis criollos cuarteles de Jesús María. Nostálgico, me apoyé en el marco de la ventana, los codos se adhirieron a la madera, los levanté y, al examinarlos, vi que se habían embadurnado con la melcocha que exhalan las hornillas. Le pregunté a Casimiro dónde quedaba el baño. Me contestó que no había agua y siguió recomendando a César la novela que tenía en la mano. No identifiqué ni el autor ni el título y me pareció exageradamente gruesa.

—Estoy mudándome a otro apartamento —dijo Casimiro—. Pero no se preocupen, ayer limpié este.

Yo me preguntaba dónde diablos iba a dormir. Hasta ese momento no había divisado la cama. Por fin, en lo que se suponía que era la alcoba, descubrí un colchón, una frazada y junto al colchón un candelero con vela a medio consumir. O sea que tampoco había electricidad.

—Ahí dormirán —dijo Casimiro—. Hubiera podido traer otro colchón de acá cerca.

«Pero no lo trajiste», pensé.

—Tú duermes sobre la frazada —me dijo.

—¿Estará segura mi maleta aquí? —pregunté.

Sometiéndonos a Casimir como a cacique, salimos y paramos un taxi. Durante el trayecto nuestro anfitrión discursó respecto de un tema que yo no domino: hembraje. Penetramos en una zona llena de edificios iguales pero mucho mejores que los conventillos del sector antiguo, de donde veníamos. Ya en el departamento, me llamó la atención la escasez de muebles: apenas una mesa, unas sillas y un buró con un atril sobre el cual languidecía un libro abierto. Me acerqué al libro y leí unas líneas que elogiaban a Dante. Casimiro conectó el televisor para que nos entretuviéramos mientras preparaba la cena. El programa que estaban pasando quizá entretenía a los catalanes, pero a mí me aburría de lo lindo. Y es que en Catalunya, a raíz del gobierno socialista —que de socialista tenía menos que Kornílov—, se les había ocurrido alentar la jergonza vernácula. Consecuentemente, el dicho programa se hablaba en catalán, afrancesado dialecto ininteligible para peruleros y cristianos viejos como yo. Cambiar de canal hubiera sido inútil, puesto que la incomodidad no me nacía precisamente de la televisión, sino más bien de la cara grasosa, las axilas y entrepiernas sudadas, y, en general, del olorillo a misa que despidió a las pocas horas de mi última ducha.

—Quiero lavarme —proclamé—. ¿Dónde queda el baño?

Molesto, Casimiro me guió a una puertuca.

—Aquí.

Prendí la luz, apestillé. Pensaba higienizarme, pero me di con que en aquel sucucho solo había cagatorio. ¿Era factible que el departamento no incluyera un cuarto de baño con lavabo? No. Casimir (¿Casimiro?) me había hecho entrar en el baño de la servidumbre, como si yo fuera un peregrino de segunda categoría. Barbilla enhiesta, orgullo herido, salí del retrete. Casimiro estaba cocinando sus lentejas a la siciliana. Tal como yo lo había supuesto, no comeríamos más que lentejas. Al tiempo que César y su amigo rememoraban nombres y anécdotas antiguos, eché mano del pan y de la botella de leche y se los ofrecí:

—No, gracias —dijo Casimiro.

César aceptó dos tajadas de pan.

Me daba risa ver a Casimiro, el poeta, cocinando lentejas a la napolitana con corbata.

—¿Para qué voy a regresar a la miseria de allá —dijo, pronunciando *miseria* con los labios apretados cruelmente.

Yo puse la leche aparte, inhalé energía y dije:

—Franco, franco, encuentro mayor miseria aquí que en todas las barriadas, callampas y favelas de allá. Los exilados son una piara de buscones, peores que Públicos, infames como el Lazarillo de Tormes, mamacallos que resume el espíritu español. Yo de santo no tengo un pincho. También me ha tentado la alternativa del Lazarillo. Pero me la han negado justamente los buenos que debieron acogerme, protegerme, sobornarme. Aquí solo he conocido sartas de travestis sin alma: si viven en París, aparentan ser más franceses que Carlomagno y evitan hablar nuestra lengua bendita; y si mendigan en España, le vienen a uno con zetas inadmisibles en gente de bien. Piratean cabinas telefónicas, asaltan paisanos en el tren, coleccionan maletas y pasaportes, mueren helados por dormir en las cavernas del metro, pero así y todo pretenden ser fijodalgos y hablan como fijodalgos sobre soledades, insomnios gnoseológicos, obsesiones hermenéuticas... icojudeces!

Alelado de mi propia expresiva, reposé un instante acumulando bilis, escupí por la caries y continué:

—Siendo blanco, en España me he sentido negro. Como a negros nos tratan. Pero ustedes, los sudacas, responden fingiéndose siúuticos, ciñéndose perejiles de poeta por haber publicado un mamotreto bilingüe que les sirve para agenciarse tiquetes y asistir a congresos.

Respiré hondo. Di por finalizada la perorata.

Sin apartarse de la olla, Casimiro dijo:

—En esos términos no discuto contigo. Si me hablas de prosodia, tal vez nos entendamos.

Yo había olvidado el significado de *prosodia*, excepto que tenía algo que ver con acentos.

—¿Qué es prosodia? —emplacé a Casimiro.

En vez de contestar, revolvía mecánico las lentejas.

Yo bebí medio litro de leche a efecto de calmarme la acidez y, de paso, permitir que se cambiara de tema. Mal que bien, Casimir (*¿Casimiro?*) nos había proporcionado alojamiento y nos estaba cocinando unas apetitosas lentejas a la cordobesa. Trascurrieron minutos inocuos, superfluos, transidos de recuerdos le-tárgicos. No obstante que yo había manducado un kilo de pan y bebido tres vasos de leche, me senté a la mesa.

—Vamos a ver un programa de concursos —anunció Casimiro y cambió de canal.

En la pantalla, apareció un médico joven desgañitándose por decir quién pintó *El jardín de las delicias*, hallar en una computadora la media aritmética de treinta números, hornear un pudín, y averiguar al vuelo cuántas botas del mismo

color tenían seis ulanos que marchaban entre los decorados. Lo constante en las secuencias era el pudín y la desesperación del médico por sumar el puntaje necesario para ganar un pasaje a cualquiera de los destinos que cubrían las alas de Iberia. Mejorado el humor gracias a la neurastenia del hipócrates, pregunté a Casimiro qué sabía de Pedro Solar, asunto que para nosotros es como hablar de la inflación o del cáncer. Contestó que las casas barcelonesas ya no recibían a Solar, a raíz de que había apantallado el más grande asesinato de misioneros que registra la historia, y de que militaba en una secta dirigida por un general fascista. Dijo *casas*, eso mismo, lo cual implicaba que él frecuentaba tales casas. En lugar de una respuesta política, o político literaria —que ya hubiera indicado resabios de frivolidad—, dio una respuesta doméstica, donde el arte supremo de la política venía a colación como cláusula relativa. Comí la mitad de las lentejas a la berlinesa, que estaban crudas y salpicadas de piedritas catalanas. Terminada la famélica cena, propuse al anfitrión ayudarlo a fregar los platos, pero no me contestó, sino que puso los platos en una pileta y nos ordenó salir.

Una vez en la calle, como si yo no existiera, dijo:

—Vamos a una reunión en honor a César. Alberto Slim vive aquí al frente. Ayer comí con él —agregó sin venir al caso.

«A mí qué me importa», pensé. Yo no había leído a Slim porque, acabando de comprarla, había olvidado su novela en el tren a Barcelona.

Caminando que caminábamos, llegamos a la Plaza de Catalunya.

—En este lugar se cita la gente —dijo Casimiro señalando una esquina.

Dos punks retacas desfilaban ante nuestros ojos.

—Ahí están las hembritas —comentó Casimiro.

«¿Dónde?», me dije yo.

Acto seguido, nos hizo entrar en una de esas cafeterías en las que, con los pies inflamados de trotar por el metro, tiene uno que tomar parado el café si quiere tomarlo pronto, apaciguando el cerebro al borde de la trombosis a causa del calor, la música imbécil de los parlantes, la melodía circense de la máquina tragapesetas y los alaridos de los clientes, que, para entenderse a través del ruido, descargan un litro de aire en cada verbo y dos en cada interjección. Yo pedí un café solo, por favor, un café solo, siempre por favor, para que el camarero, que deseó con toda el alma ser arquitecto y no pudo, ser biólogo y no pudo, ser capitán y no pudo, ser cualquier vaina que no fuera camarero y nunca pudo, para que energúmeno semejante me arrojara rabioso la taza, la cuchara y la bolsita de azúcar. ¡La bolsita de azúcar! Acostumbrado en mi tierra a servirme cucharadas de azúcar rubia en el tazón de leche, había venido a parar a España, donde se endulza el café con el contenido de una bolsita rascuache y donde se venden las naranjas con etiqueta plástica en la cáscara, que no se sabe si son

naranjas o pelotas de tenis. Casimiro y César chuparon un aperitivo y yo, amargo, mi café. Se me secaron las pilas, las reservas de alegría. Casimiro compró una botella de ron y el muy pendejo se la endilgó a César y César, monse, la cargaba por calles y plazas. «Es claro», pensé, «está mal visto que un amigo de Alberto Slim vaya cargando una botella de ron por el centro de Barcelona; para eso hay punceños huevones.» Rumbo a no sé dónde, Casimiro se metió en un cajero automático y salió contando billetes como señor. «Cualquiera entra allí», pensé, «saca billetes del bolsillo y sale barajándolos.» Casimiro guardó la plata, paró un taxi, subimos, el chofer bajó la señal y partimos.

—Ante noche capturamos una hembra —dijo Casimiro—. Yuri se encargó de la parte de arriba y yo de la de abajo.

«Nos está dando una lección maestra de amor», pensé.

—Yuri se la cachó primero pero se vació en seguida, así que yo me quedé follando con la zutana.

«El marqués de Bradomín y sus siete polvos», pensé, «son un cuento de niños si se comparan con el monstruo de la naturaleza que tengo delante.»

Cuando nos apeábamos, Casimiro le dijo a César:

—Te voy a poner una muchacha.

Dicho y hecho, una rubia menuda, trasparente, albina, surgió del túnel del metro. Al saludarla con un beso, noté que tenía una excrecencia carnosa en la encía superior, justo entre los dientes. No estaba lo que se dice requetemamacita, pero su rabo meneaba. Tal vez le sirviera de visa a César. Hacía dos meses, en el avión, César me había confesado que iba a España para quedarse. Le pregunté cómo pensaba lograrlo y me contestó que Casimiro lo ayudaría consiguiéndole una jerma. Barrunté que mi amigo pifiaba crasamente si creía que, con su cara de doliente huaco mochica, le iba a ser fácil enganchar una maja. Racionalicé mi agudeza advirtiéndole que en España no campeaba el internacionalismo sino la xenofobia. Preguntó qué significaba *xenofobia*. Respondí que aversión a los extranjeros. Pese a mis objeciones, César todavía abrigaba la esperanza de triunfar en España como hombre ecuatorial, caliente, amador, macho, celoso, traidor, beodo, tierno, castigador, poeta, espontáneo, chichero, inverecundo, ahorado, repentista, infiel, bufo, pasionista, marxista y demás elementos del tipo que cautiva a ciertas europeas que están hartas de los abúlicos, formalistas, cumplidores, frígidos, posmodernistas, amantes de sábado por la noche, holocáusticos, responsables, desarrollados, claudicantes, babosos, catastrofistas, verdes y momificados europeos. Esa noche, en la rambla que los barceloneses inundan como desagüe, todo hacía presagiar que los sueños de César se volverían realidad. La albina, sin embargo, caminaba a mi lado. Yo no sé cómo conquistar a una hembra. Las hembras me producen parapleja; las mujeres, no. Sucede que concibo a la

fémica como la imagen misma de Oriana, Cavillaca, Dulcinea, Beatriz, Isolda, María Lionza, y la trato con la delicadeza y con el desenfreno correspondiente a su investidura. Tanto así, que las hembras se mofan de mi galantería (las pobres). Pregunté a la gringa por qué la gente estaba reventando cohetes.

—Hoy es la fiesta de san Pedro —contestó.

—En mi país —le dije—, los pescadores también celebran el día de su patrono.

Mostrando la excrecencia, dijo:

—¿Shí?

Acuciado por su patente interés, pasé a contarle que en Chimbote, otrora el puerto pesquero más grande del orbe, los pescadores se hacen a la mar rezándole a san Pedro, y si regresan con la bodega llena lo bendicen, pero si retornan comiéndose la carnada lo putean hasta derribarle la aureola. Mis condicionales se perdieron en una seguidilla de explosiones. Me había equivocado de sitio para narrar las costumbres de mi pueblo. Entre tanto, Casimiro no acertaba con la dirección. Ya que había sido adscrita a César, yo me separé de la albina para que él la enamorara. Casimiro miró su libreta y dijo:

—Aquí es.

Frente a nosotros agonizaba un edificio novecentista, oscuro, turgizado. En el dintel de la puerta se leía *Casa asegurada contra incendios*. «Será pues contra incendios de antes de la guerra civil», pensé, «porque basta que se prenda una de esas bragas que cuelgan entre casa y casa para que arda Catalunya entera». Casimiro apretó el botón del comunicador. Nos recibió una pareja. Ella era española, él peruano, de manera que la renta la pagaba ella y él disponía del departamento, de ella y de su dinero. Subimos y pasamos a la sala. Sobre la mesa, rastros de chorizo, jamón, salame. Él, que apellidaba Olivera, trajo vino. Yo humedecí los labios y dejé el vaso. Iban llegando más invitados. Olivera me presentó a un novelista ojoso, punk, atarácico, quien, luego de estrecharme la mano, se acurrucó en una colchoneta aderezada en el suelo. Los compatriotas abrazaban a César con grandes aspavientos de amistad, pero a mí apenas si me saludaban y ni eso. A fuerza de pupileos traté de seducir a la española más hermosa de la reunión, pero no me dio bola. En una silla cercana, posó las nalgas otra española linda. En el sofá, al lado de su adscrita, César se amustiaba. A la que había posado las nalgas en la silla le dije:

—¿Tú eres catalana?

—Shí —me miró extrañada.

—Qué bien —exclamé yo.

—¿Y tú? —dijo ella.

—Yo, peruano —respondí.

—Mmmh —sonó ella.

—Sí, pues —murmuré yo.

—¿Qué? —dijo probando el vino.

Yo fingí beber de mi vaso y espeté al desbocaire:

—¿Tú qué haces?

Orbitó los ojos, le tembló un párpado, puso cara de aprieto, se acomodó en la silla.

—Parece que te he hecho una pregunta grave —le dije.

—Esh que prezishamente en esho eshtoy.

Su respuesta desbarató mi plan de asedio. Yo suelo preguntar «tú qué haces» a las personas que acabo de conocer y pueden responder «pateo latas y paro todo el día bajo un poste escupiendo a los flancos», y acaso yo me detenga junto al que así ha respondido y escupa mis propios flancos para saber qué se siente irrigando diez mil centímetros cuadrados de acera. Pero que me contesten «en esho eshtoy» es como decir «abre tu pan, zambito, que no vacila tu nota, ¡manyas?»

Procurando romper el saco por la costura débil, le dije:

—Me encanta el catalán.

Ignoro por qué mezclé tan torpemente *talán* con *canta*.

—¡Ah, shí? —retrucó ella.

—Sí, pues. Me encanta escucharlo y leerlo aunque no entienda ni jota.

—Mmmh —sonó ella y tomó un trago de vino.

Yo remojé los labios y dije:

—La lengua nativa del Perú, la que hablaban, jéjé, antes de la conquista, es el quechua.

—¿El chuaque? —inquirió.

—Que-chua —deletreé.

—Di algo en chuaque —solicitó.

—Sé palabrotas, lisuras, groserías —repliqué usando sinónimos que garantizaran la comunicación, pero ella no captó ni los archifonemas. Se le notaba ausente, turbada, inquieta.

—¡Mentira! —dije de repente.

Arqueó las cejas como averiguando quién era el mentiroso. Yo simplemente quería dar a entender que era una broma lo de las groserías, aunque en realidad constituyeran el setenta por ciento de mi vocabulario quechua.

—No sé otra cosa que palabras sueltas —aclaré y, haciendo acopio en mi memoria, dije: —Tú eres *pasña*, mujer joven, y yo soy *mak'ta*, joven fuerte, valiente.

Gracias a mi sutileza le había arrancado una sonrisa. Eché una mirada en torno y me fijé en César: con su ojo sano luqueaba el éter mientras la adscrita, tiesa, aburrida, anillaba el humo con los labios. Volví a mi catalana y, penetrando sus sentimientos, le dije:

—La equis en tu idioma se pronuncia *shhh*, ¿no es cierto?

—Depende, shí... Xambó, por ejemplo.

—¿Qué?

—Xambó.

—¿Qué significa?

—Chambón.

«Sin duda», pensé, «el romance progresa.»

Y cuando le había pedido que recitara octosílabos en catalán y ella se apresuraba a complacerme, apareció un xambó, un gilipollas, y se sentó a su lado. Trascurrieron segundos de expectativa. Yo miraba al frente: la albina permanecía en el sofá, flagrantemente abandonada de César. Mi ex mujer le dijo al xambó:

—Él me contaba que en el Perú hablan checua.

«Quechua», pensé y al pensar se me enrojeció la frente. Qué manera de aludirme. ¿Por qué revelaba lo que le había contado? «K'anra», dije para mis adentros. El gilipollas era su macho, se había tocado de celos y ella le presentaba explicaciones y de paso me decía «abre tu pan, cuñadito, que voy a cambiar de estación.» Me puse de pie y me dirigí a otro sitio. En el camino, que fue circular, reparé en que no había otro sitio.

Casimir (*¿Casimiro?*) le iba ganando terreno a la jerma más rica de la fiesta. César se licoreaba a lo animal; el novelista atarácico analizaba las miasmas del ámbito desde su colchoneta. Enojada, la adscrita alisó los pliegues de su falda y caminó hacia la salida. Yo la alcancé cuando giraba el picaporte.

—Supongo que volverás —le dije, cortés.

Me mostró la carnosidad de la encía y se marchó. ¿Qué pretendía César? Le facilitaban una jeva, una maja, una visa, enana como él, pero la plantaba en el sofá. O era romántico como yo y sabía elegir a sus mujeres, o era dipsómano y prefería el cuerpo del aguardiente —el vino se había terminado. Me asomé al balcón adoptando una pose retraída que invitara a que una Beatriz se acercara diciendo «yo soy tú, es absurdo continuar separados», y me llevara al lecho de las flores. Obviamente nadie vino. En el pasillo, alrededor de César, se había formado un grupo al que me uní. César ajustaba una guitarra bromeando a cada momento. Sus amigos aparentaban respetarlo.

—La clavija se ha malogrado —dijo—. La cuarta se baja en cuanto la templo.

Sus ademanes transmitían la inocencia del buen salvaje. Tras la algarabía de los circunstantes acechaba la turbulencia, el desengaño, la sospecha. César cantaba como indio, en quechua y castellano. Era entonado y tenía ritmo, pero atoraba las uñas en los trastes y su pésima memoria liquidaba las letras. Daba lástima, rabia. Estaba fuera de forma, tocaba mal. Súbito, en medio de un huayno, resucitó la adscrita. Viéndola, César improvisó rimas picaronas. La dueña de casa dijo:

—¿Por qué no pashan a la shala para que losh otrosh también partizipen?

Nadie le hizo caso. César pulsaba las cuerdas en festivo bordoneo.

—Eso es un huaylas —exclamó alguien.

Los peruanos acompañaron con palmas y taconeo la música que César no alcanzó a ligar y, al final, detonaron aplausos medio cachondos.

—Ahorita van a ver lo que es un huaylas —dijo uno con pinta nasqueña, extrayendo de un estuche una guitarra de concierto.

Si se contaba con tan fino instrumento, ¿por qué le prestaron a César una guitarra carcomida? El de pinta nasqueña tocaba un huaylas, pero un huaylas teñido del estilo sensiblero que había estado de moda hacía diez años. César embuchó un trago de ron, avanzó hasta el centro del pasillo y empezó a zapatear, bonito. Alardeando de ser cusqueño, Casimir se quitó de las rodillas a la hembra más rica de la noche y, armado como gallo, se dio a zapatear en desafío a César. Cada vez que la música se lo sugería, César taconeaba duro y se detenía donde se debe —en un acento— clavando la mirada en Casimir, que no entendía el desplante y verdadero desafío y dudaba entre aquietarse o bailar. César reiteró la jugarreta a lo largo de la pieza con una ironía, una felicidad y un gesto de triunfo que solo afloran en los bizarros de su raza. Casimiro terminó mojado de transpiración y se fue al baño. Como yo había estado de pie, cogí su silla y me senté. Un zambo clarete desenfundó una quena que deslumbraba con su abrazadera de plata. Celebré el nuevo instrumento. De un instante a otro se desencadenó un altercado entre el zambo y el guitarrista a causa del afinamiento de la quena con las cuerdas. Esos dos peleaban en el trance que los músicos precisan estar absolutamente de acuerdo.

—No se preocupen —dijo el chino de nombre Yuri—. Se aman.

Al oír el chiste trillado los litigantes sonrieron. Lo habían estado esperando. Es que ellos pleiteaban por hábito, diciéndose con variaciones lo mismo que se habían dicho infinitas veces en reuniones similares, y se detestaban como dos viejos actores que desempeñan los mismos papeles secundarios toda la vida. Discutieron un rato más y, aunque ninguno dio su brazo a torcer, convinieron en tocar. Los párpados del zambo no contagiaban la íntima confianza del inspirado sino la tensión y la rigidez y la maestría del oficiante. Así como pese a su buena

técnica al guitarrista le faltaba color, brío, atrevimiento, su tierra bajo sus pies, la quena cumplía su parte disciplinadamente pero en realidad estaba cojinova, medio muerta. Con todo, me agradó su voz soponciera. No bien acabaron los aplausos le dije al zambo:

—Felicitaciones, compadre, qué buena tu zampona.

—No es zampona, es quena.

—Ah, sí, quena, pues, qué bruto soy.

Busqué dónde esconderme, encontré la silla, me senté. En eso, vino Casimiro. De pura cortesía hice como que me levantaba para que él dijera «no te molestes, sigue ahí». Por el contrario, me quitó la silla del trasero refunfuñando:

—No, que no, porque no.

Yo no iba a matar por una silla, así que apoyé el trasero contra la pared. Valiéndose del intermedio, la dueña de casa nos llevó a la sala. Las horas trascurrían con lentitud exasperante. Yo no hablaba más de lo necesario. Me bastaban síes, noes y onomatopeyas para sobrevivir. El dúo comenzó a tocar salsa: galanes a por ella, parejas a bailar. Un resquemor premonitorio impidió que yo extendiera el brazo diciendo «¿bailas?» Además, las españolas no entienden ni entenderán la salsa mientras no sepan que tiene mucho del sustrato rítmico de la música árabe. Las españolas de diferentes reinos contoneaban el caderamen, sí, pero dislocadas del ritmo. Yo me entretenía azuzando el compás con dedos, manos, pies. El explotador de la dueña de casa, Olivera, había sacado un cajón de cocina y lo aporreaba con especial ineptia. «El cajón es mi salvación», pensé, «cuando lo coja no lo suelto.» Borracho, descuadrado, lengua traposa, César ambulaba y rugía:

—Quién es Vallejo, carajo, quién es Vallejo.

La adscrita se había injertado al guitarrista: mientras él tocaba, ella le daba vueltas; si reposaba, lo obligaba a bailar; si le venía en gana ir al baño, lo seguía y aguardaba en la puerta hasta verlo salir. Relativamente licoreado, Casimiro disponía a su antojo de la hembra más rica de la fiesta. El novelista punk seguía enrocado en su colchoneta, deleitándose con el vaivén de las moléculas del aire. Aprovechando una pausa de los músicos, la dueña de casa estiró la boca en farsa de sonrisa, avanzó adelantando un pie y otro pie y otro, convencida de la importancia cósmica de lo que hacía, mientras Olivera, su inefable macho-camaradamarido-chulo, que parecía un mosquetero desahuciado, rascaba en la guitarra algo semejante a la samba argentina, lo más apropiado para poner en evidencia los arrítmicos pasos de su mujer. «¿Será danza moderna?», pensé. Provista del desenfado que brinda la total carencia de gracia, la dueña de casa insistía en repetir sus morisquetas, quimérica, absurda, asexual.

Como la concurrencia reclamaba bailar y el dúo se preparaba a complacerla, la guitarra le fue incautada a Olivera. A mí, sentado sobre el cajón, me resultó grato parafrasear el tátata del huayno. El guitarrista aprobaba mis percusiones. Tan pronto escucharon el cajón, las parejas recalcaron el trasiego de los pies, y cada quien apercibió el esqueleto a efecto de hacer las mejores fintas. Le pegué duro a la madera, como a Vallejo, y, acabado el huayno, seguí dándole suave a guisa de trasfondo. Consustanciada con el guitarrista por un cordón umbilical de ansiedad, la adscrita bailoteaba sin pareja. Apoltronado en el sofá, César desplomó el mentón sobre la clavícula y desde la jeta se le alargó un hilo de baba. Se le acercó Casimiro y dijo:

—Así no, concha de tu madre.

Lo zangoloteó de los cachetes y, al soltarlos, la engominada cabeza volvió a caer.

—Despierta, por la concha de tu madre.

Lo jaló de la muñeca, la nariz rebotó en el cojín y el brazo se dobló bajo las costillas.

—Déjalo, coño —intervino el guitarrista.

—No te duermas, concha tu madre —gimoteó Casimiro, le alzó la cabeza y, sosteniéndolo del sobaco, dijo: —Párate, mierda.

—No lo maltrates —conminó el guitarrista.

Al soltarlo Casimiro y caer libre el cuerpo, el blanqueo de la pared fue abollado por el arco superciliar.

—Achachau —se quejó César, dormidito.

Casimiro se alejó vituperándolo, y César quedó sufriendo en posición semejante a la del combatiente de *Guernica*. Halé del cianótico brazo y le apoyé la espalda en el cojín. Sus ojos farolearon y me reconoció.

—Te quiero, hermano —dijo, entornó las calcinadas pestañas, sonrió, boxeó con potentes hooks contra sus pesadillas, y cuando me fui roncaba como ángel.

Al regresar al cajón, contesté el bordoneo de la marinera con un redoble aritméticamente perfecto y después me resigné a marcar los acentos. Adoptando el talante digno y coqueto que requiere ese baile, los peruanos agitaban sus pañuelos. Sorprendidas en el terreno, las españolas solo atinaban a bailar pasodoble. El humor de mis manos regía los pies. Sin proponérmelo me había convertido en el pulso de la fiesta. Me sentía útil. En plena combinación de redoble, quena y voces, Casimiro gritó:

—Ahí hay un cajón.

No sabía lo que decía. Si el más humilde de los cajoneros de mi barrio me hubiera prestado oídos, sin duda me habría partido el cajón en la cabeza. Aunque nadie me habló al concluir la marinera, advertí que me cataban distin-

to, como aceptándome. Guitarra y quena habían hecho un alto, pero yo continuaba tocando y las parejas bailando al son de mis manos. Ejemplificación de discrepancia con el ritmo, la dueña de casa estampaba pasos percherones en el torturado suelo. El guitarrista bailaba con la adscrita preguntándose cómo podía aguantar tanto, porque hacía horas que no descansaba: festejo, huayno, huaylas, marinera, pasodoble y cueca eran para ella una misma chanfaina que la inducía a resobar sus piecitos nerviosos, rápidos, voraces, y a mirar al guitarrista como diciéndole «¿te gusto? ¿te gusto? ¿te gusto?» Pese a la hinchazón de mis manos, yo aplicaba palmazos cada vez más vigorosos al cajón. En un ínterin, la dueña de casa asomó al balcón y mandó al cuerno a los vecinos que se quejaban de la bulla. Sopesando los agarrotados brazos, calculé el placer incalculable que hubiera podido causar a una mujer en vez de aporrear el cajón. Desperdiciar energía era lo que había hecho caminando al garete por la rambla de Barcelona, por la Gran Vía de Madrid; sentándome con los pies fundidos en los cafetines más crueles del mundo, donde se prohíbe hablar de frente y mirar de veras; yendo a ver *Je vous salue, Marie* de Godard, pese a la amenaza de los curas fascistas de ponernos una bomba en el Cine Alphaville, porque la Virgen María se excitaba en la película; cifrando huera esperanzas en hallar una traza de amor en las crestas reales y los anteojos de lunas negras de las satánicas punks; riéndome a carcajadas del palacete de la Real Academia de la Lengua; pastando todo el café de España sin siquiera asistir a un velorio, sin siquiera presenciar una inhumación aymara como las del camposanto de Tacna.

—¡Mañana trabajjjo! —gritó un vecino.

—¡Puesh yo también! —chilló la dueña de casa y cerró las hojas del balcón.

El zambo sopló una melodía sincopada, yo le pegué al cajón para destrozarlo y las parejas se desmarañaron en contorsiones intensas, primitivas, obscenas. «¿A qué hora se desnudan?», pensé. Ebrios, reumáticos prematuros, tardos de nacimiento, los varones intentaban piruetas que resultaban nudos de tobillos, resbalones, caídas espectaculares.

—¡Un solo, un solo! —demandó el chino Yuri.

Me concentré ya no en los compases sino en la furia del aburrimiento y mis palmas, mis nudillos, las yemas de mis dedos, mis puños y mis cordones de nervios produjeron un conglomerado de estallidos, crescendos, disoluciones, paradas en seco, errores mal disimulados. Y tarolas, bombos, napoleones, tinyas, tumbas, platillos, bongós, atabales, timbales y pillkus volaron de mis manos sangrantes, brutales, invisibles. Y arrebatos, fragores, querubines, gárgolas y wak'ones volaron de mis manos veloces como las alas de picaflor. Crenchas al desgaire, compulsiva, histérica, poseída del anticompás, la dueña de casa estampaba los cascos en el suelo. Manos entrelazadas a la altura del sacro, Casimiro zapateaba un huaylas

y de su barba brotaban dardos que se le clavaban en el vientre. El novelista punk regoldó, empalideció, expiró, amarilló, se apergaminó, se desmoronó. Confundiendo con un montoncito de ceniza, el chino Yuri lo sacudió con displicencia al tomar asiento en la colchoneta. César, que había despertado, caminaba sobre los muebles rugiendo en do y sol:

—Pu-tas, pu-tas.

Las parejas se colgaron de las vigas como murciélagos; se abrieron las hojas del balcón y entró en la sala una tufarada de lamentos de náufragos; cuajó en el relente una máscara procaz, loquesca, sátira. Mis falanges fueron alargando el espacio entre los golpes, hasta que de repente apliqué uno tan poderoso que se acabó el solo al tiempo que los murciélagos aterrizaron recibiendo una lluvia de astillas, virutas y aserrín, que era lo que quedaba del cajón. Asustado, me refugié en el sofá, junto a un hombre grueso. Olivera, apenas repuesto, se apretó la guitarra al tórax para denigrarla con un rasgueo flamencoide. Cerca de Olivera, sugiriendo un Martín Fierro desorejado, menesteroso y con acento mapochino, un joven improvisaba versos, estrofas. César reía como bajo los efectos de la marihuana. La dueña de casa no tardó en situarse en medio de la sala y cantar un pie delante del otro, torpe, fanática, contenta. Por mi parte, yo tuve el atrevimiento de soltar un chiste.

—Tú mejor cállate, que no has chuntado una en toda la noche —me dijo Casimiro.

Yo le hubiera devuelto la impertinencia a sopapos, o tal vez ornándole la barba de flemas, a no ser porque una reacción de tal magnitud podría haber trocado la fiesta en bronca y quizá en tragedia, nunca se sabe. Insatisfecho con ofenderme a mí, Casimiro le dijo a César:

—Tú eres un pelotudo.

César irguió su vaso para responder:

—Casi, brindo por ti, casi.

Olivera reanudó el rasgueo. Picado por la mala fe de Casimiro, el Martín Fierro se burló de su atripada corbata.

—¿A ti quién te ha invitado a esta casa? —replicó Casimiro.

El Martín Fierro se parapetó tras el mutis. Sacando ventaja de su silencio, Casimiro dijo:

—¿Alguien conoce a este pobre diablo?

—Yo lo conozco —respondí—. ¿Cuál es el problema?

—Ten calma, won, ten calma —me dijo el hombre grueso, tocándome el brazo.

—Oye, concha de tu madre —porfió Casimiro—: tú me llegas a la punta del pincho. Serás muy fuerte físicamente, pero eso no quita que seas un pobre y triste huevón.

Me tragué la mentada, pues si lo había aguantado antes, no veía por qué molerlo a golpes ahora. El hombre grueso me secreteó:

—Lo que quiele ez que le zaquéz la mierda, won.

Del uso del *won* colegí que mi consejero también venía de tierra araucana.

—¿Eres chileno? —le pregunté.

—Zí, ¡y tú?

—Yo, peruano.

—Zomo' herrmano, entonses.

—Claro, lo demás son cojudeces.

—Cojjudezes —ratificó.

—¿Quién se clasifica para el Mundial? —le dije, puesto que Chile y Perú se iban a enfrentar en las eliminatorias.

El hombre grueso encogió los hombros.

—Si López se pone diablo —agregué—, ustedes se clasifican.

—Yo le conosco a López —me dijo—. Porque yo he jjugao con él pora zerección amatér.

—¡Ah, futbolista!

—Zí. Pero me queblé una pielna y tuve que abandoná.

—Caramba, qué pena. ¡Hace cuánto tiempo que andas fuera de Chile?

—Bueno, mirá, yo zarí con er gorpe 'e Pinoché. Yo era zecletario 'e jjuventús. A mi hermano lo asesinaron a zien metro 'e mí, en el estadio de Santiago.

No supe qué decirle cuando empezó a llorar. Le acaricé el pelo. Dominó el llanto y continuó:

—Me volví vaporino. He rrecorrío er mundo. Pero ahora estoy varao aquí, eshpelando...

—¿Barco? —me adelanté.

—Zí, balco.

—Yo soy mejor poeta que cualquiera de ustedes —gritó Casimir.

El guitarrista se le aproximó diciendo:

—Tú estás cagao, lleno de mierda, Casimiro... ¡Calla, que vas a escuchar!... Nosotros vivimos acá y no allá. Tú y tu rollo de las guerrillas no funcionan acá, coño, y tú lo sabes y ila puta que te parió, joder!

Al término del florilegio del guitarrista, Casimiro parecía un toro castrado delante de su vaquillona. Su derrota no me alentó ningún tipo de satisfacción. Antes bien, me dolía que un gil tan arrogante acabara machucado como repucho a punta no más de carajeo. Lo cierto es que yo no me sentía comprometido

con lo que pasaba ahí. A esa hora de la madrugada solo deseaba una ducha, toallas secas y cama limpia para descabezar la mala noche.

—¿Dónde queda el baño? —pregunté— ¿Dónde está el aseo, el servicio? —corregí.

La dueña de casa suspendió uno de sus pasos magistrales y me dijo:

—Al fondo, a la derecha.

Acerrojé la puerta y me di con que a duras penas cabía en el interior. Aquello no era baño sino ducha, meadero y lavatorio adaptados en un ropero. Haciendo milagros con la hostia de jabón me purifiqué la cara, el pescuezo y la nuca. Tomé prestado un cepillo y me escobillé los dientes, las encías, las encapsuladas muelas del juicio y la lengua, que la tengo larga. Exhalé un pedo sonoro, meditado, y salí como cometa: con cola. Afuera, tan fresco, Casimiro cuchicheaba con la pebeta más rica de la fiesta. La monserga del guitarrista no lo había afectado. «Cómo lo va a afectar», pensé, «si el guitarrista le grita lo mismo desde hace diez años.» César dormitaba en el sillón, las arrugas envileciéndole el cutis. La dueña de casa ya no hundía las pezuñas en el suelo. Huérfano, melancólico, el futbolista mapochino fijaba la vista en el punto de fuga del balcón. Dechado de contumacia, Olivera rasgueaba su abortado flamenco mientras el Martín Fierro terminaba de malograr los ya arruinados compases traqueteando con las manos en la mesa. La luz mañanera diluía los focos de las lámparas. El quenista se despedía con ademanes vagos, tibios. El guitarrista había hincado el anular en la coronilla de la adscrita, quien, así sujeta, bailaba sola como un trompo. Enculado al sofá, prendí mi último cigarrillo. Vino la pebeta más linda del bailongo para recoger su encendedor de la mesa. Al inclinarse, se le abolsó el escote, incidente que yo aproveché para espiarle la teta, pendiente, triangular, coronada por un pezón bermejo, carnoso, erecto. Ella me miró, se miró el escote, y tornó a mirarme como quien dice «no importa que me hayas visto la mamella». La imagen me reanimó un instante, pero en seguida volví a sumirme en el sopor pachorrudo que me dominaba desde la ida al baño. Atusándose los bigotes, Casimiro me dijo:

—Eres un cojudazo.

Hacía horas que ameritaba un par de cocachos. Yo estaba al borde de que supay, el demonio, se metiera en mi cuerpo. Cuando eso sucede, por lo general las consecuencias son funestas para mí mismo: así lo atestiguan las treinta puntadas en mi pantorrilla derecha. Ignoro por qué, cuando debo agredir a alguien conocido, descalabro en su lugar puertas, ventanas, vidrios y cuanto objeto inanimado esté a mi alcance. Supongo que si no fuera así estaría entre rejas. Me controlé imaginando lo fácil que hubiera sido incrustarlo como tarugo en la pared. «Quiere que le pegues», pensé, «no le des con el gusto».

—Yo soy mejor que tú, concha tu madre —gritó Casimiro.

—Mira, Casimiro, Casimir o como te llames —le dije engolando la voz—: yo solo estoy esperando que sean las siete para que me des mi maleta y largarme a un hotel, porque sencillamente no te soporto.

Una tensión sorda se instaló en la sala. Yo había impreso verdadera repulsa a mis palabras.

—Oye, chochera —le dije a César, que dormía—: dile a tu pata que se porte bonito.

Los circunstantes temían que yo me abalanzara sobre Casimir. Poco faltó. Superé el temblequeo previo a la violencia respirando en el ombligo y permanecí donde estaba. Había sonado la hora de matar: el guitarrista llevó a la adscrita a un dormitorio. ¿Bailaría ella en la cama?

Afuera, divisé a Casimiro, llegué a él y le dije:

—Oye, quisiera recoger la maleta de tu departamento.

Soltó la mano de la jeva más rica del bailongo y contestó:

—¿Cuál maleta, cuál apartamento?

Asió la mano de la chelfa y enrumbó calle abajo. O lo cuadraba ahí mismo o lo dejaba irse. Lo dejé irse. César tortugueaba calle arriba junto con el Martín Fierro, el futbolista rengo y el chino Yuri. Les di alcance.

—Casimir no quiere entregarme mi maleta —le dije al chino—. Necesito su dirección.

Yuri apucheró los carrillos a la francesa.

—Mira que si no me la devuelve lo denuncio en la comisarfa.

—No puedes hacer eso.

—¿Quién lo impide? ¿Tú?

Yuri apucheró de nuevo los carrillos.

—Voy a denunciarlo.

—Espera.

Lo soslayé. Se vino a mí.

—Hablemos comiendo unos bollos —dijo.

—Cómetelos tú, que yo voy a la comisarfa.

Me agarró del brazo.

—No me toques —pelé los dientes, me zafé de sus dedos flacos de iguana y seguí mi camino. Al doblar la esquina, vi que el chino y los otros entraban en un boliche. Pregunté a un parroquiano por la comisarfa: quedaba a dos cuadras.

Anuncié al centinela mi voluntad de sentar una denuncia por robo y me dejó pasar. En el segundo piso, expliqué los pormenores a un sargento. Me aconsejó que primero actuara por las buenas. Siguiendo su consejo, fui al boliche y le pedí al chino Yuri la dirección de Casimiro. Desconfiado, el chino anotó su teléfono en una servilleta. Telefoné desde una cabina pública. Atendió Casimir.

—Dame mi maleta, por favor —le dije.

—¿Cuál maleta?

—Si no me la devuelves ahorita te zampo una denuncia —amenacé.

—Ándate a la concha de tu madre —gritó.

—Si llego a verte te saco la puta de tu madre —repliqué.

Colgó.

Regresé a la comisaría y expliqué al sargento que Casimiro me había mandado a la que me alumbró e insistí en sentar una denuncia por robo. El sargento opinó que no cabía robo sino apropiación ilícita.

—Me parece justo —concedí.

—¿Cómo she llama eshe sheñó? —dijo.

—Casimir, Casimiro Fernández.

—Déme shu teléfono, que le llamo yo.

Le di la servilleta. Marcó el número.

—¿El sheñó Cashimiro Fernández?... Puesh náa, que aquí hay un sheñó que dize que ushtë tiene shu maleta y no quiere devolvérshela... ¿Qué?... No, sheñó, borracho eshtë ushtë y mucho por lo que oiggo. No. Déme shu dirección que ahora mishmo irá este sheñó a recojjé lo que le perteneze. Oigga, y shin complicaciones, eh.

El sargento garrapateó la dirección y me pasó el tubo.

—Todo lo que deseo es que me devuelvas mi maleta —dije.

—Muy bien —contestó Casimir—. Espérame en la esquina de mi apartamento.

—Yo solo espero en la esquina a las mujeres.

—Entonces en el café del frente.

—No tomo café. En diez minutos te encuentro en la puerta de tu departamento.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero a Alberto Slim no le va a gustar esto.

—¿Quién es ese sujeto? Yo no conozco a ningún Alberto Slim —colgué.

El sargento me entregó la dirección, le agradecí, bajé la escalera y detuve un taxi.

Cuando arribé al sitio acordado, Casimir se apeaba de un Fiat cinquecento exacto al de la víspera. Se acercó al taxi, abrió mi portezuela y dijo:

—Baja.

—Yo no confío en este —le manifesté al taxista—. ¿Sabes qué? —me dirigí a Casimiro— Tráeme tú la maleta.

—Pero pesa treinta kilos.

—Te ruego encarecidamente que la traigas.

Obedeció y regresó jadeante, doblado por el peso. Recibí la maleta y le dije:

—Muchísimas gracias.

El taxi arrancó. Tras el parabrisas del cinquecento latían los ojos asustados de la piba más rica de la fiesta. Como despidiéndome hasta pronto de una vieja amiga, le hice adiós con la mano. Antes de perdersen en la avenida, me volví: el nudo de la corbata en el esternón, las piernas débiles, escoliótico, apergaminado, Casimir Fernández, el poeta, zapateaba un huaylas. Ordené al taxista que me llevara a un hostel moderno de dos estrellas. Me llevó al Turín, a pocos metros de la rambla.

Un vejanco me asignó la habitación docientos tres —siempre me asignan la habitación docientos tres—. Deposité allí la maleta de la discordia, fui a la tienda, compré cien gramos de jamón y cien de queso, una botella de leche, pan de molde y un kilo de duraznos. Volví a mi habitación, practiqué mis idiomas leyendo el cartel de escape, distribuí los manjares sobre la mesa y desayuné como Gargantúa. Tiré la basura al tacho, guardé las provisiones sobrantes en una gaveta del ropero, me froté las manos de contento, pegué unos saltos de regocijo, cerré la persiana, me quité la ropa, tomé una ducha larga, hirviente, y me acosté desnudo, como me gusta vivir. Encendí la lámpara, abrí un libro y subrayé una observación genial sobre el encuentro de Tutaykire con la Virgen Ramera. Al poco rato, el libro se me cayó de las manos, puse los quevedos a un lado, estiré la espalda hasta crujir, suspiré hondo, deseé compartir la vastedad de las sábanas con la muchacha más linda del bailongo, por ejemplo, o la albina de la excrecencia, y me dormí. Soñé que nadaba en un río de musgos aromáticos y sacuarales. Yo he estado en ese río. Yo volveré a ese río cuando se me agote el odio y consiga escapar de esta gente, de esta ciudad, donde sin darme cuenta he permanecido demasiado tiempo.

Lima 1985

(De *Jarabe de lengua*. Lima: Editorial El Quijote, 1987)